







SECRETOS
DE LA
HISTORIA

Stéphane Bern



SECRETOS
DE LA
HISTORIA

Stéphane Bern

Bern, Stéphane

Secretos de la historia. - 1a ed., 1a reimp. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.

304 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0679-2

1. Ensayo Histórico. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 864

Secretos de la historia
Stéphane Bern

Traductora: Silvia Kot

Título original: *Secrets d'histoire 1*

© Éditions Albin Michel, 2010

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Diseño de tapa: Raquel Cané

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: julio de 2012

1ª reimpresión: abril de 2014

ISBN 978-950-02-0679-2

Este libro se terminó de imprimir en
EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires, Argentina,
en abril de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
MARÍA ANTONIETA (ÍNTIMA).....	13
LUIS XVI: LA ODISEA DEL ANILLO.....	23
NAPOLEÓN Y LAS MUJERES.....	29
¿FUE GILLES DE RAIS UN ASESINO SERIAL?.....	41
¿LUIS II DE BAVIERA FUE ASESINADO?.....	47
¿FUE ASESINADO RODOLFO, EL HIJO DE SISSI?.....	55
EL MISTERIO DE LA BATALLA DE ALESIA.....	61
¿ES CIERTO QUE LA POMPADOUR LLEVÓ A LUIS XV A LA RUINA?.....	65
¿POR QUÉ ASESINÓ CHARLOTTE CORDAY A MARAT?.....	75
¿JUANA DE ARCO FUE TRAICIONADA POR EL REY?.....	85
MADAME ROYALE: LA MISTERIOSA CONDESA DE LAS TINIEBLAS.....	93
¿EL CABALLERO DE EÓN ERA UNA MUJER?.....	99
CATALINA II: NOCHES BLANCAS EN SAN PETERSBURGO.....	105
ENRIQUE VIII: UN ENCANTO DE TIRANO.....	115
¿POR QUÉ FUE ASESINADA LA EMPERATRIZ SISSI DE AUSTRIA?.....	125
LUIS XVII, EL HIJO DE MARÍA ANTONIETA Y LUIS XVI, ¿MURIÓ REALMENTE EN PRISIÓN?.....	131
CATALINA DE MÉDICIS Y LAS INTRIGAS DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA.....	139

LAS AMANTES REALES REINARON EN VERSALLES	151
¿POR QUÉ SE SUICIDÓ CLEOPATRA?	163
MATA HARI: ¿ESPÍA O <i>FEMME FATALE</i> ?	171
¿ES MOLIERE EL AUTOR DE SUS OBRAS DE TEATRO?.....	179
MARÍA ESTUARDO: ¿REINA MÁRTIR O MANIPULADORA?	187
LA MÁSCARA DE HIERRO:	
¿QUIÉN FUE EL MISTERIOSO PRISIONERO DE LUIS XIV?	195
¿TRAICIONÓ JUDAS A JESÚS?	203
ROBIN HOOD, EL BANDIDO AL SERVICIO DE LOS POBRES,	
¿EXISTIÓ REALMENTE?	211
¿A QUÉ SE DEBIÓ LA PREMATURA MUERTE DE MOZART?	215
ENRIQUE IV, REY DE CORAZONES.....	223
¿FUE CRISTÓBAL COLÓN QUIEN DESCUBRIÓ AMÉRICA?.....	233
¿QUIÉN FUE REALMENTE CASANOVA?	239
¿FUE ENVENENADO NAPOLEÓN?.....	247
¿PRECIPITÓ RASPUTÍN LA CAÍDA DEL ÚLTIMO ZAR?.....	255
¿DÓNDE SE ESCONDE EL TESORO DE LOS TEMPLARIOS?.....	261
¿QUÉ MISTERIO RODEA LA MUERTE DE LOS ROMANOV?.....	267
LA BESTIA DE GÉVAUDAN:	
¿CÓMO ERA REALMENTE EL TERRIBLE PREDADOR?.....	275
EUGENIA, LA ÚLTIMA EMPERATRIZ	283
AGRADECIMIENTOS	291

PRÓLOGO

Los misterios, los enigmas y los secretos del pasado son las llaves de entrada para descubrir la pequeña historia de la historia grande. Como muchos otros niños, me enamoré de la historia de Francia gracias al inimitable narrador que fue Alejandro Dumas, cuyos relatos me parecían dignos de las novelas policiales de la “Serie Negra”, mucho antes de descubrir todas las libertades que se tomaba este escritor con la historia... Me fascinaban las intrigas que se tejían entre bambalinas, y encontraba en el pasado un material más rico, y también más novelesco, que todas las ficciones contemporáneas. “La novela es la historia del presente, mientras que la Historia es la novela del pasado”, decía Georges Duhamel.

Seducido por las novelas de capa y espada, me apasionaban los herretes de la reina Ana de Austria o la identidad de la Máscara de Hierro. ¿Acaso no decía el propio Alejandro Dumas que “está permitido violar a la Historia, siempre que se procreen hijos hermosos”?

Poco a poco, en función de mis lecturas, me iba convenciendo de que, como aseguraba Balzac, “existen dos historias: la historia oficial, mentirosa, y la historia secreta, en la que se encuentran las verdaderas causas de los hechos”. Tendría yo unos diecisiete años cuando me sumergí con deleite en todos los libros de la biblioteca municipal del distrito 17 de París, después de haber agotado los recursos de la biblioteca familiar, en especial los libros de Decaux, Castelot y Erlanger. Luego de conocer

de manera fortuita a un personaje que aseguraba ser descendiente de Naundorff, no pude evitar tener mi propia opinión sobre el enigma de Luis XVII...

Traté de calmar mi inextinguible sed por conocer todos los misterios de la historia francesa, leyendo tratados, memorias, tesis. Fue en vano: todos esos textos me decepcionaron, porque pretendían poner un punto final a los interrogantes, con explicaciones demasiado cartesianas para mi gusto. Yo buscaba algo irracional, pues nadie puede aceptar la muerte natural de los héroes. Basta ver con qué constancia suele obstinarse la gente en creer que Marilyn Monroe, James Dean o la princesa Diana fueron víctimas de complots urdidos en las sombras... Por mi parte, estaba convencido de que el rey Luis II de Baviera y su sobrino, el archiduque Rodolfo de Habsburgo, habían sido asesinados por oscuras razones políticas. Así nació mi pasión por la historia y sus secretos.

Con enorme entusiasmo me lancé –junto con mi productor, Jean-Louis Remilleux, también él enamorado de la historia y sus sortilegios– a la apasionante aventura del programa semanal *Secrets d'Histoire*, emitido por France 2. Con la colaboración de los más eminentes historiadores de la actualidad, hemos intentado dilucidar unos treinta enigmas, conscientes de que la historia avanza permanentemente, como la ciencia, por el camino de la verdad: el estudio del ADN constituye una revolución, pues ha permitido descorrer el velo de los misterios de los Romanov, la muerte de Napoleón, la vida de Luis XVII... También debe rendirse un homenaje al paleopatólogo Philippe Charlier, que exhumó y examinó los restos de Agnès Sorel, Diana de Poitiers y Luis XVII para echar luz sobre misterios tenaces.

Durante toda una temporada, y luego todos los veranos desde hace tres años, hemos logrado abrir nuevos expedientes y, a través de figuras emblemáticas, describir una época, sacar a la luz el secreto de la intimidad de los palacios, pero, sobre todo, popularizar la inapreciable materia

que es la historia. En otros tiempos, se la solía abordar como una asignatura que convenía enseñar a los alumnos. Es, en efecto, una disciplina que se debe mantener, ya que un pueblo que no sabe de dónde viene no sabe adónde va. Peor aún: corre hacia su perdición.

Aunque la historia no siempre se repite, ilumina sin duda el presente y el futuro. Constituye la base de una nación, un tesoro y un patrimonio comunes que nos confieren, a cada uno de nosotros, sea cual fuere nuestro origen social, religioso o étnico, un sentido de pertenencia a un mismo pueblo. Mis antepasados no fueron galos, pero el estudio apasionado de la historia de Francia me ha permitido amar este país que mis abuelos eligieron y que me vio nacer: la historia, el idioma y la cultura son maravillosos vectores de integración...

Sin embargo, la historia no debe circunscribirse a Francia, y en este momento, cuando las fronteras están totalmente abiertas al mundo, representa un pasaporte excepcional para viajar por el espacio y el tiempo. A ese viaje al pasado invita este libro, *Secretos de la Historia*, fruto tanto del programa que tuve el placer de presentar en France 2, como de mis conversaciones con mi amigo Franck Ferrand.

Aprovecho esta oportunidad para expresar mi agradecimiento a los historiadores que me han transmitido su pasión, aunque no su sabiduría: Alain Decaux, André Castelot, Philippe Erlanger, Pierre Chaunu... y a todos los que han participado en las emisiones de *Secrets d'Histoire*, como Evelyne Lever, Jean-Christian Petitfils, Jean des Cars, Simone Bertière, Michel de Decker y tantos otros ilustres académicos. También agradezco a mis productores, Jean-Louis Remilleux y Laurent Menec, a los equipos de periodistas que participaron en la realización de *Secrets d'Histoire*, y también a mis editoras, Lise Boëll y Estelle Cerutti, que siempre se mostraron insistentes y afectuosas.

Por último, voy a mi agradecimiento a France 2 y a los directivos de France Télévision, en particular a Muriel Rosé y a Caroline Dumont,

STÉPHANE BERN

que han tenido la audacia y la valentía de confiar en nosotros. El programa *Secrets d'Histoire*, al inscribirse en la misión del servicio público de difundir conocimiento, demostró la existencia de un amplio público profundamente interesado en la historia.

STÉPHANE BERN



MARÍA ANTONIETA (ÍNTIMA)

María Antonieta sigue siendo uno de los personajes más fascinantes de la historia de Versalles. Todo el mundo conoce el destino de esta reina que, al morir heroicamente en la guillotina, conmovió a toda Europa. Tan admirada como odiada, su figura recuerda los tumultos de una época violenta y confusa. Descubriremos los entretelones de su vida íntima a través de Versalles. Abriremos las puertas de sus aposentos, y sobre todo, las del Pequeño Trianón, para entender cómo organizó esta reina adolescente una vida paralela a los fastos de la corte. María Antonieta no fue solamente la soberana retratada como una pastora con corderos encintados, caricaturizada y atacada, considerada frívola y derrochadora: fue una mujer de carácter que se enfrentó a los hechos más violentos de su época.

¿Debemos ver en María Antonieta solo a “Madame Déficit”, como la apodaban? ¿Era indiferente esa extranjera a los sufrimientos del pueblo de Francia? ¿O podemos considerarla una reina de una personalidad excepcional, que supo liberarse de las tradiciones y de las habladurías, una heroína trágica que finalmente amó y apoyó a Luis XVI hasta el cadalso?

Esa mujer a la que el pueblo apodaba “la austríaca” fue la decimoquinta y penúltima hija del emperador de Alemania Francisco I de Lorena y de la archiduquesa María Teresa de Austria. A los catorce años,

de la noche a la mañana, se vio arrojada a la corte más cruel de Europa: ¡Versalles! La adolescente, de carácter vivaz y espontáneo, sabía que la habían prometido al delfín por razones políticas, pero también por su físico... Además, la futura reina había sido aprobada por un viejo rey famoso por sus calaveradas y su dudosa moralidad. En efecto, Luis XV consideraba que era encantadora y estaba dotada de hermosos pechos. En la corte de Francia, no le perdonarían nada. Aunque sus orígenes austríacos no eran allí del todo extranjeros, siglos de guerra contra los Habsburgo habían dejado marcas en el corazón de los franceses.

Durante sus cuatro años como delfina, María Antonieta fue descubriendo poco a poco la importancia del pesado protocolo al que debería someterse. Al convertirse en reina tras la muerte de Luis XV, el 10 de mayo de 1774, intentó crearse un mundo propio al margen de la corte. Se replegó en el Pequeño Trianón, sin importarle que tuviera mala fama: según decían, allí ocultaba Luis XV a sus amantes. El Pequeño Trianón fue el refugio de María Antonieta, su "pequeña Viena". "Aquí ya no soy la reina: soy yo misma", solía decir. Mandó erigir doce monumentos decorativos, como el Templo del Amor, una de las construcciones más bellas, y una gruta en la que podía aislarse. Esa gruta de escasas comodidades solo podía albergar a tres personas. Allí recibía María Antonieta a sus amigos en la mayor intimidad. Gracias al ruido producido por una cascada, era imposible oír o espiar las conversaciones.

María Antonieta empezó a organizar suntuosas fiestas en el Pequeño Trianón, con total libertad. Lo que más le gustaba era escuchar y tocar música: pianoforte, clavecín y arpa. También adquirió la costumbre de dormir sola y levantarse a la mañana muy temprano, vestida con ropa ligera, lo que provocaba toda clase de rumores. El Pequeño Trianón alimentaba muchas fantasías. La impopularidad de la reina era cada vez mayor, porque la acusaban de no someterse a las reglas de la corte. Los cortesanos estaban celosos y se sentían excluidos.

Indudablemente, la vida que llevaba la reina representaba una doble ruptura: entre la juventud y la vejez, entre la antigua y la joven nobleza. Además, para la reina, aquel lugar era el refugio de su intimidad: un anhelo de independencia muy mal considerado en esa época. Por supuesto, sus presuntas “extravagancias” fueron esgrimidas en su contra cuando fue procesada.

María Antonieta también se lanzó a esa vida de placeres porque se aburría junto a un marido bastante anticuado. Su casamiento con Luis XVI había sido objeto de grandes festejos. En la carroza, los recién casados exhibieron una sonrisa y una actitud de circunstancias, ya que en realidad no se conocían. Ella tenía catorce años; él, quince. Eran diametralmente opuestos. Él era alto, medía más de un metro noventa, pero su torpe manera de moverse y su gordura prevalecían sobre su buena presencia. Ella era menuda y graciosa. En esa pareja tan dispar, nada favorecía el acercamiento. Sus preferencias eran absolutamente distintas: a ella le gustaba salir, escuchar música, estar al tanto de la moda. Él, de un temperamento más solitario, se inclinaba por cazar o arreglar relojes y cerraduras, algo que exasperaba a su joven esposa.

Luis XVI se acostaba temprano; María Antonieta y sus amigas, en cambio, permanecían levantadas hasta muy tarde. A ella le hubiera encantado admirar a ese marido que le habían impuesto por razones de Estado. Pero él se mostraba inhábil con ella, y ella no se sentía atraída por él. Tardaron en procrear, pero ¿cómo podían tener un descendiente el rey y la reina cuando los rodeaban y los espiaban constantemente? No tenían ninguna intimidad: la cámara nupcial de Versalles era un lugar público. La madre de la reina, María Teresa de Austria, preocupada, estaba pendiente de las relaciones sexuales de la pareja, y llegó al punto de mandar a su embajador, el conde de Mercy-Argenteau, a espiar a su hija. Mientras abrumaba a María Antonieta con cartas imperiosas, la exhortaba sin cesar a mostrarse más cariñosa con su marido y redoblar sus caricias.

La intimidad de la pareja y la timidez de Luis XVI se convirtieron en una cuestión de Estado: ¿cómo puede un rey asumir sus responsabilidades de soberano si no respeta sus compromisos conyugales? Luis XVI nunca tuvo relaciones extramatrimoniales y no conocía a las mujeres. Para él, la sexualidad se resumía en la relación de su abuelo con madame du Barry, que le desagradaba sobremanera. Fue el único rey que nunca tuvo amantes: ¡toda una proeza en la historia de Francia! Finalmente, los médicos revisaron a Luis XVI y detectaron una fimosis, una malformación sexual dolorosa, que le impedía tener una relación sexual completa. En cuanto a María Antonieta, simplemente no estaba enamorada del rey y, por lo tanto, no deseaba a su marido. Ninguno de los dos tenía prisa por darle un heredero al reino, y solo después de siete años se consumó el matrimonio. Hubo rumores sobre supuestas infidelidades de María Antonieta, especialmente con un bello sueco, el conde Axel de Fersen. Noche tras noche, la reina dejaba a su esposo y se dirigía a la ópera, acompañada. Decían que algún día engañaría a su marido y que su primer hijo sería adúltero. María Antonieta se enamoró enseguida de Fersen. Muy elegante, este apuesto joven de veinticinco años no podía pasar inadvertido. La reina y Fersen se parecían: ambos estaban muy solos, eran jóvenes e insolentes. Fersen había elegido el celibato contra la opinión de su familia, y solo se alejó de María Antonieta para unirse al ejército que participaría en la guerra de la independencia norteamericana.

Cuando partió, María Antonieta derramó muchas lágrimas. Se enviaron cartas inflamadas, en código y escritas con tinta invisible. Esta apasionada correspondencia les permitía soportar la ausencia y la distancia. Luis XVI se mostró indulgente frente a este romance. Muchos años más tarde corrió el absurdo rumor de que Fersen podía ser el padre de Luis XVII. Las relaciones carnales entre la reina y Fersen no se han comprobado, pero su historia de amor fue auténtica. Los historiadores están de acuerdo al menos en un punto: se amaron con pasión.

La pareja real consumó finalmente su matrimonio gracias a la intervención de José II, hermano de la reina, quien, so pretexto de consolidar la unión franco-austríaca, visitó a su hermana en abril de 1777 para darle consejos sobre cuestiones matrimoniales. Nueve meses después, María Antonieta se sintió feliz de poder darle un heredero a la corona. El 19 de diciembre de 1778, nació María Teresa, que sería llamada "Madame Royale". La reina dio a luz delante de centenares de personas. El calor era agobiante. Todos se empujaban para ser los primeros en ver a la niña. La reina se sentía mal y Luis XVI rompió el vidrio de una ventana para que entrara un poco de aire a la habitación... Luego vinieron cuatro hijos, dos niñas y dos varones, tres de los cuales murieron a edad temprana. Uno de ellos, el pequeño Luis José, murió el 4 de junio de 1789, a los ocho años. Desgarrados, Luis y María Antonieta lloraron juntos la muerte del niño: esto los marcó profundamente y consolidó su unión en forma definitiva. A partir de ese momento, María Antonieta, que siempre había sido apartada de los asuntos del reino, empezó a tener una verdadera influencia. Cuando el rey cayó en una depresión, ella lo sostuvo, y un mes más tarde, en julio, al comenzar la Revolución, ella comprendió que la monarquía estaba amenazada. Entonces se dedicó a buscar aliados para restaurar la autoridad del Estado.

El agravamiento de la situación política llevó al conde de Fersen a desempeñar un papel decisivo. Con la ayuda de su amigo del alma, la reina incitó a Luis XVI a cometer uno de los errores más grandes de su reinado: huir. El sentido de organización de Fersen y su rigor militar le permitieron preparar en secreto la partida de la pareja real. Gracias a sus contactos, reunió fondos y gastó de su propio bolsillo el equivalente de doscientos mil euros, que nunca le devolverían. Tras el fracaso de Varennes, se puso precio a la cabeza de Fersen, pero él no dudó en correr riesgos para intentar salvar al rey y a la reina. Pero volvamos atrás, pues antes de poder intervenir en la esfera política, María Antonieta, siempre

interesada en su apariencia, se dedicó a la moda, de la que es, hoy como ayer, un ícono.

De acuerdo con la etiqueta, una reina tenía que estar a la moda, sin duda, pero sobre todo, no debía escandalizar. María Antonieta invirtió los códigos, ignoró las reglas de la corte, y de ese modo permitió que soplara un viento fresco en la creación de la indumentaria de la época. Quería estar a la vanguardia. Frenética compradora de accesorios, gastaba mucho dinero en su vestuario. Dicen que, más que ser la reina, deseaba ser la mujer más bella del reino. Rebelde a las costumbres de la época, se tomaba toda clase de libertades en su forma de vestirse, incluía en su atuendo sedas y cintas, y se negaba a usar corsé con ballenas, pues lo consideraba un instrumento de tortura. Sin embargo, en esa época era el accesorio de moda, que destacaba los senos y otorgaba un porte de reina. Todos los peinados de María Antonieta eran extravagantes. Adornados con tules, telas y hebillas, esos andamiajes de cabello desafiaban las leyes del equilibrio. Para imitarla, las mujeres de la corte confiaban sus cabellos a su famoso peluquero, Léonard.

María Antonieta solía recurrir a los consejos de Rose Bertin, su “ministra de la moda”, una modista que la seguía en todas sus locuras indumentarias. ¡Como el famoso vestido de fiesta confeccionado con quince metros de tela! Esas dos mujeres inventaron la alta costura.

Otro concepto “revolucionario”: la reina aceptaba compartir a su diseñadora con otras clientas. Las elegantes convergían en el Grand Mogol, la tienda de Rose Bertin, en la calle Saint-Honoré de París. Se disputaban los trajes “a la María Antonieta”. Copiaban a la reina, pero no todas las burguesas disponían de medios para hacerlo. La pasión de la reina por la moda era casi una obsesión. Cada año gastaba más dinero y encargaba excesivas cantidades de ropa que iba acumulando.

La acusaron de gastar el dinero del reino para su propio beneficio, y no para el beneficio de su pueblo o la grandeza del Estado. Frente a la

cruel falta de recursos, el rey conminó a la reina a restringir su tren de vida. Ella obedeció y empezó a vestirse como una joven campesina, con un sencillo vestido de algodón: ¡esto provocó un verdadero escándalo! De cualquier modo, María Antonieta hacía y deshacía las tendencias. Su influencia ha persistido hasta nuestros días. Una prueba de ello es que para su colección primavera-verano 2006, el diseñador John Galliano se inspiró en el vestuario de la reina.

María Antonieta también impuso sus gustos en el teatro. Le prometió al rey que el pequeño teatro de imitación mármol del Pequeño Trianón no costaría caro: él consintió entonces en pagarlo de su propio bolsillo. No era un simple capricho sino una verdadera pasión: la reina apreciaba a los autores nuevos, Sedaine, Favart, Rousseau y Beaumarchais, cuyos libros habían sido prohibidos en París por Luis XVI. Este amor por el teatro se remontaba a su infancia, cuando aprendía francés en la corte de Viena subiendo al escenario. No le interesaba el gran repertorio: prefería las pequeñas obras cómicas de moda, en las que ella misma representaba papeles de criada o de ingenua. A la reina le gustaban los papeles contrarios a su propio personaje y tomaba muy en serio su trabajo de composición, aceptando, por ejemplo, que le arrojaran basura a la cabeza. Con malicia, imponía sus propias preferencias y obligaba al público a aplaudir, algo totalmente nuevo para la época. María Antonieta actuaba exclusivamente para sus amigos cercanos, de modo que debía recurrir a los criados para llenar la pequeña sala.

A la moda y el teatro, se agregaba otra pasión: el mobiliario. Le gustaban los artistas más innovadores. Hasta tal punto encarnó un estilo, que en la actualidad Philippe Starck, el más famoso de los diseñadores industriales franceses, creó la silla “Marie”, en homenaje a su heroína. En Versalles, donde no se sentía en su casa, para crear un universo que le resultara familiar, María Antonieta remodeló e hizo redecorar con singular lujo sus aposentos privados, sin apelar nunca a los artistas

oficiales. ¡La reina, que no sentía ningún respeto por el arte de Luis XIV, hubiera querido hacer desaparecer toda la decoración interior de Versalles! Fue en el Pequeño Trianón donde pudo dar libre curso a su creatividad: mandó dibujar magníficas flores sobre los muebles, las telas y la *boiserie*. Se ocupaba de todo: supervisaba las maquetas, elegía los ornamentos, los materiales y los motivos. El “azul Trianón” fue creado especialmente para ella: un estilo en el que se siguen inspirando los creadores actuales.

La reina también hacía gala de un gran refinamiento en otro ámbito: la cocina. En este terreno, tampoco se atenía a las reglas. Contrariamente a Luis XVI, que era muy glotón, María Antonieta tenía poco apetito: antes que la cantidad, la reina prefería los manjares sutiles y la delicadeza de los sabores. Pero debía honrar los veintiocho platos que se servían habitualmente en la cena. A María Antonieta le horrorizaba la imposición de lo que se denominaba “*grand couvert*”, la comida que se llevaba a cabo ante la mirada de un centenar de personas. Nunca pudo habituarse a ello.

Prefería los platos refinados y frescos, las legumbres, los espárragos y los guisantes. Introdujo la patata en la corte, cuando hasta entonces se la consideraba un veneno. En efecto, frente a la cólera del pueblo por el alto precio del pan, Luis XVI organizó un concurso entre botánicos con el fin de encontrar un sustituto que sirviera para satisfacer el apetito de los franceses. Parmentier presentó ante la corte un tubérculo blanco. Al principio, la patata, que llegaba de América, suscitó ciertas reservas. Pero la reina aceptó probarla. Luego creó su famoso peinado “a la Parmentier”, un andamiaje de cabello delicadamente adornado con flores de patata.

En su residencia, la reina podía saborear productos de la naturaleza: huevos y pescados provenientes del estanque. Amaba las flores: las begonias, las acacias, la borraja... Las flores azules, el color de Versalles. Le enloquecía todo lo dulce: el turrón, los *macarons* y el merengue, pastelería

reservada en esa época a las elites. Además, mandaba traer desde Viena sus añoradas medialunas. Y su vicio especial: el chocolate. La reina consideraba que el chocolate era bueno para la salud, casi un remedio, y se le ocurrió la idea de instituir el oficio de chocolatero en la corte. En esa época, el chocolate tenía un gusto muy fuerte. María Antonieta convirtió al rey en un adepto. Todas las mañanas, le servían una taza de chocolate a la vainilla. La reina no bebía vino ni champaña, y como su bebida favorita era la leche, Luis XVI le obsequió un lugar donde podía degustarla con sus amigas.

El 6 de octubre de 1789, un símbolo empezó a tambalear. La muchedumbre encolerizada se agolpó a las puertas del palacio. La monarquía vivía sus últimos instantes. La huida a Varennes fracasó, y Luis XVI fue guillotinado el 21 de enero de 1793. Tras la muerte del rey y después de haber sido separada de sus hijos, María Antonieta permaneció encerrada en un calabozo infecto. La Conciergerie, antiguo palacio de los reyes transformado en una siniestra prisión en el corazón de París, fue su última residencia. Durante setenta y seis días, fue permanentemente vigilada por dos gendarmes, y su estado de salud se deterioró en forma inexorable. Desesperada por la muerte del rey, se negó a comer, padeció atroces dolores de estómago y perdió cien gramos de sangre por día. Al final de su vida, era una mujer con los nervios destrozados, física y moralmente agotada, a la que Robespierre quería procesar a toda costa. Por eso, ordenó mantenerla con vida hasta la realización del juicio. Le hacían beber caldo de pollo para devolverle las fuerzas.

En el proceso, una multitud de seiscientas personas asistió al acorralamiento de "la austríaca". El clima estaba caldeado. Los doce miembros del jurado eran adherentes a la causa de Robespierre. Entre ellos había un hijo natural de Luis XV; también estaba el médico que supuestamente había salvado a la reina esa misma mañana. El 15 de octubre de 1793, aunque sus abogados, designados de oficio, habían contado con unas

pocas horas para preparar la defensa y no tuvieron acceso al expediente, la reina impresionó: al jurado le costó trabajo enunciar los cargos. Sometida a acusaciones abyectas, María Antonieta se defendió con una conmovedora dignidad. Este proceso, particularmente arbitrario, duró solo tres días, y se le negó a la reina el derecho de apelación. Se pronunció la sentencia: María Antonieta fue condenada a muerte por alta traición. Fue autorizada a escribirle una última carta a su cuñada Isabel, para pedirle que se ocupara de sus hijos. Le cortaron muy toscamente sus cabellos blancos y la hicieron subir a una miserable carreta a la vista de todos, al contrario de Luis XVI, que había sido llevado a la guillotina en forma digna. Ese recorrido de más de una hora a través de París representó una última humillación. Pero el pueblo reaccionó de una manera inesperada: el silencio fue total, y la emoción, profunda.

El pueblo le mostró respeto. Esto era lo que temía Robespierre: por eso contrató a un actor, Gramont, quien la insultó durante todo el trayecto, mientras exhortaba a la multitud a imitarlo. Sin embargo, el pueblo permaneció impasible. Al llegar a la plaza Louis XV, que en ese momento se llamaba Plaza de la Revolución, y hoy es la Place de la Concorde, María Antonieta se precipitó hacia el cadalso para terminar cuanto antes. Murió como una heroína. Un destino digno de una tragedia antigua.